

¡Oh, de cuántas cosas y de cuántas almas se descontenta Dios! Mirad, hijos de Adán, mirad, cristianos, los que de este nombre os preciáis, en qué tenéis la vida ocupada, y á qué tenéis el alma unida por amor; porque de todo lo que no tiene lugar y asiento en este Señor, se descontenta Dios. En El se complace de los cuidados que se asemejan á los de su corazón; en El se contenta de las ideas que corresponden á las de su amor; en El de las obras que imitan las suyas; en El de las almas que tratan de contentarle. En El quiso poner los ojos el Padre Eterno para remedio de complacerse en El de cuantos quieran ser suyos; pero quien trata tales cosas de que justamente puede correrse este Señor de tenerlas en sí, ¿cómo podrá Dios complacerse viendo obras que su Hijo desecha? Pues á *El oíd*, dice el Padre Eterno; oíd á El y cerrad los oídos á cuantas lenguas os engañan fuera de El. Dejo lo que aquí había que decir á los que tienen por oficio enseñar al pueblo cristiano la cosa en que más fuerza han de poner, que es el que oigan á este Señor y á todo lo demás cierren los oídos.

La otra cosa que se debe ponderar en el asunto, es haber mandado Cristo tener en secreto este misterio hasta que fuese glorificado; clara prueba de que no puede entenderse ni aun conjeturarse el secreto del amor y de la cruz, sino por quien trata muy de veras las cosas del cielo. De San Pablo dijo el Señor á Ananías, cuando le envió á que le bautizase, que El le mostraría cuánto le convenía padecer por su amor. Este lenguaje y verdad lo enseñó en el cielo, de donde vino tan alumbrado é inflamado en ella, que diciendo haber aprendido cosas que no podía el hombre hablar, todas por último las recopiló en Jesús crucificado, diciendo que ninguna otra cosa sabía sino á Jesús, y á Este crucificado, y le quedó tan familiar el padecer como el amar; con esto se entiende la razón por qué Dios desde que Adán pecó, nunca ha querido dar paz segura y durable al mundo, y jamás se la negó á los que le amaron, y siempre les dió la mayor parte de los trabajos de esta vida; porque como todo gobierno del mundo pende sólo de la predestinación de los escogidos que Dios tiene en este mundo como en escuela, aprendiendo la sabiduría del cielo y ejercitando el amor puro, todo se lo llena de tantos diluvios, que no puedan tener donde fijar el pie, sino en el arca donde se pueden salvar, que es Jesús; y en secreto les da tan suave paz, no conocida del mundo, que su experiencia les quita el miedo de las tribulaciones y el amor de lo que el mundo engañado estima, y enderezando sus cuidados á uno solo, que es Jesús, en El y en su paz descansan y duermen.

Por eso este Señor, entre los trabajos que por treinta años había pasado y entre los mares de su pasión, quiso dar á sus tres discípulos muestra de los secretos de su amor, de su cruz y de la gloria y paz interior que tiene guardada para sus verdaderos imitadores. Pero quiso que estuviese en secreto hasta que los corazones de todos estuviesen instruidos en el amor de las cosas del cielo, enervados con la vista de la gloria de la resurrección y confirmados

con la sabiduría del Espíritu Santo; porque no podían ser capaces de tan espirituales secretos, sino corazones alumbrados con amor, con sabiduría y conversación de las cosas del cielo. No esperaréis, cristianos, ver mejoría de descanso de vuestros trabajos en el mundo, que no es esta tierra para eso. Y conviene á los escogidos, por los cuales solamente es mantenido el mundo, que nunca tengan descanso ni paz, para que todos los intentos de los hombres que se emplean fuera de Dios, tengan por verdugo al mismo mundo, tras de quien andan engañados; y así, los olvidados de Dios, no descansan en otra cosa, y sus verdaderos amantes tengan miedo de poner su amor donde saben que le han de perder. En las perturbaciones que padecéis, busead la paz y consolación donde ella sólo está, que es en el divino amor y trato con Jesús, y experimentaréis aquella gran verdad que el inflamado Agustino vió en sí mismo después de convertido á Dios con todo amor, rompiendo los afectos desordenados de esta vida que le tiraban, y dijo que con gran gusto perdía las cosas que antes tenía miedo de perder.

TRABAJO XXVI

Agonía del Huerto.

COMENZÓ Cristo nuestro Señor los tormentos de su sacratísima pasión por el mismo género de trabajo con que dió principio á su vida, sintiendo los dolores, tormentos y muerte que había de pasar y los gravísimos pecados de los hombres por quienes venía á satisfacer, como dijimos en el primer trabajo. Llegado, pues, el tiempo en que tenía determinado cumplir la voluntad del Padre Eterno, y habiendo aceptado su obediencia con amor y total sujeción, lo hizo de tal manera, que no sólo quedase el Padre Eterno plenamente satisfecho, sino también los humanos y flacos corazones fuesen alentados é instruidos en su conocimiento y en el amor que sobre todo pretendía encender en ellos; pues de aquí pendían los frutos de todos sus trabajos. Esta fué la cosa que tuvo más presente en todo el discurso de su vida, y esta la que más deseaba conservar; y como quien se arroja á cosa muy deseada que ve presente, cuya ansia no sufre ni aun mínimas dilaciones, viéndose ya en la noche y hora en que había de ser entregado á sus enemigos, no esperó su amor á que los ánimos y manos de sus perseguidores fuesen los primeros que le atormentasen y derramasen su sangre; sino que El se puso á sí mismo en tan grandes extremos de aflicción, que ninguna otra de las que inventase la malicia de sus enemigos le pudiese ganar; porque como nunca pudo la furia de la maldad igualar al poder y fuerza del amor divino que le conducía á padecer, no pudo la malicia ser tan astuta para buscar invenciones de dañar, como lo fué el amor para darse á conocer. Por eso, en la entrada de su pasión, quiso hacernos patente que su amor y libre albedrío le llevaron á padecer, y que el poder y malicia de sus enemigos no

le podían forzar. Y aunque esto lo había declarado muchas veces á sus discípulos con toda claridad, mucho más lo acabó de manifestar en esta primera entrada de su sangrienta batalla; pues no sólo fué á buscar lugar donde pudiese ser hallado, que ya para este fin había frecuentado, sino que en cuanto no llegaban sus atormentadores, soltó la rienda á su humanidad, y la dejó sentir los trabajos como humana, poniéndola El mismo por su libre albedrío en tal aflicción y aprieto, que viésemos claramente ser su amor el que le llevaba á morir.

Con esta determinación, luego que el Señor lavó los pies á sus discípulos, é instituyó el Santísimo Sacramento y tuvo con ellos algunas altísimas y divinas pláticas, los mandó levantar de la mesa y se fué con ellos al huerto de Getsemaní. Por el camino iba continuando las últimas doctrinas que les dió, con tierno sentimiento de apartarse de ellos, porque ya les había dicho que en aquella noche había de ser entregado en manos de sus enemigos. Ayudaba al dolor la quietud de la noche, de que estaría ya pasada más de una hora, en que todo está quieto y sosegado, sino el amor que ardía en el corazón del Señor y la malicia de los enemigos que andaba trazando modos de prenderle. Llegados al huerto mandó á sus discípulos que velasen y orasen, sin fiarse de la prontitud de ánimo que tenían de padecer por El y con El, como le habían prometido; porque estaba aquel buen espíritu unido á una naturaleza de carne tan flaca que sólo la divina gracia y el favor merecido y alcanzado por humilde y fervorosa oración, era capaz de mantenerle en tan furioso encuentro como habían de tener. Dió el Señor en esto un claro desengaño de cuán falso y vano fundamento y cuán cierta tienen la caída, los que en vida tan llena de lazos, tentaciones y ocasiones de pecados, viven en tal descuido de Dios y de sí mismos, como si no viviesen en carne flaca y pudiesen mantenerse sin estar siempre muy asidos á El.

Apartóse luego el Señor con San Pedro, Santiago y San Juan; y estando con ellos representó interiormente á su humanidad por una vivísima imaginación cuánto había de padecer, mostrando como presente el desamparo de Dios y de los hombres, dolores y tormentos muy inmensos, deshonras, descrédito de su persona, el triunfo de sus enemigos, abatimiento de su sabiduría, escarnio de sus miágras, nuevas y crueles invenciones de vituperios; y finalmente, nuevo género de crueldades con que le habían de atormentar y quitar la vida. Dejó sentir tanto á su sacratísima humanidad esta cruel batalla, que se cubrió de una mortal tristeza, que bastara para quitarle la vida si la humanidad no fuera ayudada y sustentada por virtud de la divinidad, para padecer más de lo que las fuerzas humanas alcanzaban. Así entienden algunos lo que el Señor dijo á estos discípulos, manifestándoles lo que en su interior pasaba: *Triste está mi alma hasta la muerte*, esto es: cubierto estoy de una tristeza mortal. Y aunque el Señor se humilló á tomar consolación y desahogarse con los discípulos para dar ejemplo á todos de que usen

oficio de humildad en dar cuenta de sí, y de caridad en ayudar á los atribulados en lances semejantes, con todo eso, se hallaban tales los corazones de los Apóstoles, que no encontró en ellos ni una palabra de alivio, ni consuelo; y no era mucho; porque fué tan nuevo en el Señor mostrar tristeza ó turbación en cosa alguna, y estaba tan acostumbrado á animarlos y esforzarlos, que viendo tan triste á la alegría de todos, quedaron sus corazones tan oprimidos, que no supieron hacer otra cosa que entristecerse con El más de lo que estaban.

Viendo el Señor cuán poca consolación hallaba en sus discípulos, los dejó apartándose de ellos á orar y buscar esfuerzo y consuelo en la fuente donde verdaderamente se halla, que es en su Padre Eterno; y postrado en tierra dijo: *Padre, si es posible, pase de mí este cáliz; pero no se haga lo que yo quiero, sino lo que tú mandas*. Halló en su Padre un indispensable rigor de que se cumpliese lo ordenado; reprimió mucho más todo el alivio que de su alma y divinidad podía recibir la humanidad, y dejó llegar el sentimiento y tristeza á tanto, que San Lucas no halló término más propio para declarar su calidad, sino el de *agonía*, que es propio de los que mueren; porque lo que la tristeza y aflicción no hizo en matar á Cristo (pues no convenia se matase á sí mismo), lo ejecutó, poniéndole en un extremo como mortal y no acostumbrado en la naturaleza, sudando sangre, tan copiosamente, que pasó los vestidos y llegó hasta la tierra. Quiso el Señor que en esta agonía bajase un ángel del cielo á confortarle con celestiales y divinas memorias; no porque faltase á su divinidad virtud para esforzarse, sino para asegurar á todos los afligidos que se acogen á Dios el que sus trabajos son conocidos en el cielo, y que infaliblemente se tratará de su remedio. El ángel que sabía muy bien quién era aquel Señor, no gastaría tiempo en palabras de alivio, sino en peticiones que el cielo, la tierra, los pecadores y las necesidades del mundo por él hacían á su divino amor; que se guardase para las obras de su amor, por las cuales esperaban cielo y tierra; y pues á trueque de un día de tormento quedaban remediadas tan grandes necesidades, sujetase la sangre, que toda deseaba salir; y con el gusto de tantos bienes y glorias como sus tormentos habían de causar, tuviese en poco lo que le restaba padecer. Así lo hizo el Señor, como dice San Pablo, que poniendo delante el gusto del remedio del mundo y desprezando los consuelos, sufrió la cruz.

Entre tantas y tan pesadas agonías del Señor, y entre tan tierna compasión de los ángeles, debe el pecador, á quien corresponde la mayor parte de estas mercedes, pedir al Señor espíritu y blandura de corazón para sentir lo que el del Señor sentiría en este paso; porque considerar el Corazón de Jesús (digno de toda gloria) puesto en tan grandes aprietos y extremos de tristeza, sin ningún alivio, con voluntaria obediencia y sujeción para pasar lo que su carne temía, entre la obligación de obedecer y miedo de lo que había de pasar, es trabajo que ninguno puede declarar ni entender

sin particular don y espíritu de Dios, que en este paso se le debe pedir con toda instancia. Así se desamparó el que á todos ampara; así se desconoló el que á todos consuela; así se entristeció el que á todos alegra; así quiso parecerse con los humanos y flacos, ó por mejor decir, tomar mayor parte de los trabajos y aflicciones humanas que todos los hombres, para que así pudiese granjear el amor de todos y ser buscado de ellos como único compañero y verdadero amigo de los afligidos.

Dos cosas aumentaron mucho esta tristeza del Señor: una, los muchos y grandes pecados de los hombres, que tenía particularmente presentes por lo mucho que á su Padre Eterno tenían ofendido y por el mucho daño que á los hombres hacían; porque como solo El conoce su peso y gravedad, y se había obligado á la satisfacción, solo El sabía sentir cuánto merecían. La otra fué la memoria que entonces tuvo de los muchos que no se habían de aprovechar de sus trabajos y para cuántos moría en vano, que voluntariamente se habían de perder; pues por el contrario, suele ser parte de alivio en la fatiga la esperanza cierta del fruto y del provecho. Y aunque habían de ser muchos é inmensos los frutos de los trabajos del Señor, con todo eso, como no los padecía menos por los que se habían de perder que por los que se habían de salvar, el amor con que amaba á cada una de las almas por quienes padecía, y el celo de la honra de Dios con el deseo de la salvación de todos, acrecentó tanto la tristeza y agüia con la memoria de los que se habían de perder, que su tristeza carecía de alivio y quedaba con mayor aflicción.

Duró este trabajo del Señor y su oración tres horas largas (según parece), en las cuales, como buen pastor no olvidado de sus ovejas y discípulos, los fué á visitar tres veces. En las dos primeras los reprendió porque dormían, despertándolos para que estuviesen velando en oración, y en la última les dijo: *Dormid ya y descansad, porque cerca está el que me tiene vendido*. En las cuales palabras quiso decir, según San Hilario, que mientras su prisión se dilataba correspondía velar y orar, porque andaba el enemigo más suelto para hacerles el daño que pudiese, y el recelo de los peligros en que se habían de ver no debía dejarlos reposar. Pero llegada ya la hora en que el enemigo acometía al Señor y El tomaba sobre sí nuestras prisiones, entrando en batalla por todos, entonces podían ya descansar más seguros y dormir confiados en tan esforzado combatiente y en tan seguro escudo como el que en sí les dió para sus trabajos. Son estos unos extremos admirables de amor, pues no se contentó con menos que con ponerse en estado de un desconuelo á que ningún afligido pensase podía llegar, y se declaró por verdadero remedidor de nuestros trabajos y peligros. Quiso sentir mucho los suyos, porque no nos tuviésemos por perdidos cuando nuestra miserable naturaleza hiciése su oficio en sentir mucho las penas; antes entendiésemos que no nos juzgará por la flaqueza del barro que El formó, sino por la obediencia de la voluntad que es la que

El estima. Quiso tomar á medida de sus fuerzas los trabajos para que vivamos muy confiados de que en el cielo donde se reparten las calidades y penas de la vida humana, no se da á ninguno carga sin medida, sino por menos peso del que podemos llevar y con más ayuda divina de la que merecemos, para que de todo saquemos provecho. Quiso mostrar en sí dos voluntades contrarias: una del abatimiento corporal, que temía y rehusaba padecer; otra racional, que se rendía á la obediencia divina; porque no nos tengamos por apartados de Dios, cuando la carne fiaca contradice al espíritu, sino la refrenemos con la entrega en la divina voluntad; y entendamos que la bastardía de la naturaleza no puede hacer mal al alma que con la voluntad no consiente, antes resiste por la obediencia de la ley de Dios. Quiso que bajase del cielo un ángel á esforzarle, para que nunca nos tengamos por desamparados, por más que nos veamos en desconuelos; con certeza de que en el cielo están presentes y hay memoria de nuestros trabajos. Quiso finalmente, el Señor, buscar consuelo en la oración al Padre Eterno, sabiendo que no había de hallar dispensación en lo que le mandaba padecer; para que entendamos que no consiste el divino consuelo en que Dios nos quite el trabajo que nos da, sino en humilde sujeción y conformidad á su santa voluntad, y en que andemos siempre pendientes y unidos en todo á El por caridad.

EJERCICIO DE LA AGONÍA DEL HUERTO

No sufre vuestro amor, mi buen Jesús, ni aun pequeñas dilaciones: pues tuvisteis por mucho esperar dos ó tres horas para que os prendieran y dar principio á los grandes trabajos que hoy habéis de pasar. Antes que los crueles soldados os aten, dulce Jesús, con cordeles; antes que los judíos y gentiles os afrenten con tantas injurias cuantas os han de hacer, y antes que los inhumanos verdugos rasguen vuestras carnes con azotes y os crucifiquen, ponéis vuestra sacratísima humanidad en tanta aflicción y aprieto que llegase á quejarse y buscar alivio en los discípulos, ignorantes de la mortal tristeza que cubre ese corazón. No sois Vos como yo, alegría de los ángeles. A mí me vence la tristeza cuando quiero estar alegre; los pensamientos me hacen fuerza contra mi voluntad con memoria de cosas tristes que me perturban y quisiera que se hubiesen olvidado. Mas á Vos, descanso de mi alma, sólo vuestro amor os vence, á él os rendís por voluntad y él os hace acordar de cosas que estrechen ese corazón tan dilatado y abrigador de todos los tristes, para que sintáis como humano el trabajo que los flacos pasamos, presados por el peso de la carne. Nosotros padecemos como miserables; y Vos, buen Jesús, como verdadero amador de los tristes. ¿No basta, Señor de mi alma, que tengáis hoy que pasar tan inmensos mares de trabajos, tantos desamparos de Dios y de los hombres, tantas injurias y afrentas, tan nuevos é inhumanos tormentos para que os contentéis con eso y os reservéis para poderlos pasar? ¿Desde ahora os estáis fatigando, desvelando y trayéndolo todo á la

memoria con vuestra soberana sabiduría tan vivamente como si ya estuviera presente? Dejáis á vuestra humanidad que tenga miedo y que recele; una vez que tiembale de frío, otra que se encienda; ya que tenga mortales sudores; ya que hierva la sangre con aflicción y salga mezclada con sudor; sin consuelo, sin alivio, sin refrigerio, sino que sienta, que se entristezca, que pene y tiembale; como si para Vos se hubiese acabado toda consolación de la tierra, del cielo, de los amigos y de Dios.

¡Oh mi verdadera fortaleza! ¿Con ese ánimo tan lleno de aflicciones estáis, ahora que es tiempo de entrar en batalla con vuestros enemigos á quienes solo Vos podéis vencer? ¿Dónde está aquel deseo de padecer con que decíais que os daba inmensa pena el que os dilatase la pasión? ¿Ahora que la tenéis á la puerta tenéis miedo, y estáis, alegría de mi alma, tan triste y alligido? ¿Qué mudanza es esa, mi buen Jesús? ¿Qué esfuerzo, para los atribulados que en Vos, como divino espejo, han de poner los ojos para imitarlos y tomar de Vos ejemplo, fuerzas y alegría? Bendito, alabado, glorificado y adorado sea vuestro infinito amor, vida de mi alma y todo mi bien, que tanto queréis padecer conmigo y mostrarme que ninguno os llevó á padecer sino vuestro amor, para que siempre y en todo os pueda tener por espejo y compañero de mis trabajos y por verdadero amigo y único remedador de mis penas. Estar Vos, buen Jesús, fuerte y esforzado para pasar los trabajos. ¿Qué mucho es, pues sois la divina fortaleza? Eso es vuestro, y en la hora de padecer se verá que ninguna cosa la puede derribar y vencer. Pero encubrir la fortaleza por mi amor y remedio, y dejar que esta naturaleza enlaqueciese y temiese con sus trabajos antes de pasarlos; como yo, que soy la misma flaqueza y miseria, recelo los mitos cuando pienso en ellos; y querer que como en mí empiezan por miedo y desconsolación, así empiecen en Vos; y que las mudanzas, melancolías y tristezas que mi flaqueza siente, las sienta también vuestra humildad por su medida en extremo tan grande. ¿Quién hace eso sino vuestro amor, buen Jesús y amor de mi alma? Yo debiera andar á porfía en padecer por Vos, y Vos andáis en competencia por hacer vuestros mis trabajos, pareceros á mí y acompañarme en todo. ¡Oh amor divino! Vuestro amor es vuestro verdugo, más que los judíos y gentiles que os han de atormentar. No hay aquí azotes, clavos ni enemigos; y el sudor de sangre os está, vida de mi alma, cubriendo y regando la tierra. ¿Quién la arroja fuera de esas venas sino ese amor en que ardéis?

Todo sois amor, mi buen Jesús; todo puro fuego de caridad. ¡Oh, si siempre hubiera andado tras Vos, mi luz y riqueza perfecta! ¿Por qué miro ni pienso en otras cosas? ¿Por qué quiero nada fuera de Vos? Tan celoso está de mí vuestro amor, mi buen Jesús, que cuidó hasta de las horas en que mi naturaleza parece que podía buscar alivio con alguna razón (como es la tristeza), y buscasteis esta invención para que yo no solicitase alivio sino en Vos, viendo que experimentasteis este mismo trabajo, á fin que todos los alligidos se

aseguren de que os compadecéis de ellos y los asistís. Así, esperanza mía; así, riqueza mía; así, verdadero consuelo mío, quisisteis mostrar que no estoy perdido, cuando me hallo entre temores; que no estoy fuera de Vos, cuando me hallo desconsolado; que no dejo de ser vuestro, cuando me duelen y siento como flaco mis trabajos; pues Vos, fuerte é invencible, poderoso Señor de mi alma, sin perder nada de lo que sois, pasasteis estas mismas flaquezas. Bendito y alabado seáis, mi bienaventuranza perfecta; pues quisisteis que aun aquellas miserias que más me apartan del sentido, que parece encubren más el fuego de la gracia y más quebrantan la fortaleza del espíritu, esas mismas me llevasen á Vos, para que viendo en Vos lo mismo, respire, tenga aliento y no lo dé todo por acabado. ¡Oh conocedor sapientísimo y remedador poderosísimo de mis flaquezas! Vos sabéis bien qué género de trabajo es para la naturaleza, que el alma que os busca y desea contentar, se ve cubierta de tristeza, de aflicción interior y desamparo, sin saber dónde vuelva los ojos, combatida de tentaciones y alligida de otros trabajos que permitís. Vos sabéis cómo la impide todo divino y humano alivio; cómo la enlaquece la fe y la esperanza; cómo no le deja levantar los ojos á cosa soberana; cómo le parece haberse acabado todo bien. Juzga que está muy lejos el divino favor; el humano no la da refrigerio, la naturaleza se ve sin arriño, la gracia está encubierta, el miedo y recelo reinan, los pensamientos y tentaciones se esfuerzan, y todo se le hace sensible y riguroso. ¡Oh amor divino! ¡Oh amor fiel! ¡Oh amigo, que en las mayores necesidades sois más leal y estáis más vivo! Siendo cosa tan impropia de Vos lo que pasa la flaca naturaleza, lo quisisteis pasar para que la nuestra se mirase en Vos, como en espejo; para que en Vos se esforzase, como en su fortaleza; en Vos se animase, como en su amparo, y de Vos confiase como de verdadero remedio. ¿De qué os sirvo yo, amor divino, que tanto me queréis? ¡Oh, si quisierais hacer en mí una sola mudanza, entre las muchas que hacéis! Si en todo esto me queréis, amor divino, recibidme; si me queréis esforzar, esforzadme; si me queréis prender, prendedme. No sé amar, sino con Vos; no sé estimar, sino en Vos; no sé unirme á Vos, sino uniéndos á mí. Pues todo, Señor mío, ha de ser vuestro, no tardéis; prendedme y haced de mí cuanto quisierais, para que preso por Vos, no me retire. Quitadme todo gusto de la vida, todo alivio humano y todo desseo de consolarme y alegrarme sino en Vos, amor mío suavísimo.

¡Oh, cómo ando ciego, engañado y perdido, cuando busco consolación fuera de Vos, alegría de mi alma, por buena que parezca; y cuán más perdido ando cuando me olvido del amor que os debo, y gasto la vida en los pecados que os pusieron, Dios mío, en el trabajo que padecéis con esa mortal tristeza! ¿Cómo no me corro de mí, mi buen Jesús? ¿Cómo no deseo que me trague la tierra viéndos á Vos llorar mis males, sudar sangre, y tener yo gusto en ellos? ¿Para qué nací, si os había de dar, Dios mío, tanto trabajo? Valedme, misericordia infinita. A vuestro amor, á esa tristeza, á esa sangre que

sudáis, esperanza mía perfecta, pido que ya que gusté de pecar contra Vos, guste de aquí adelante de padecer con Vos. Dadme, buen Jesús, vuestro puro amor con que me vea, me conozca, me aborrezca y venga en mí con dolor, lo que con gusto cometi, pues os tiene tan atribulado. ¡Oh divino amor, ya que sentís tanto los que se han de perder, ganadme á mí, no permitáis que me pierda, abrid mis ojos para que oiga vuestra voz y vea vuestros ejemplos! Inflamad mi corazón para que participe de vuestros sentimientos, y jamás vuelva á renovar la causa de esta vuestra aflicción! ¡Oh vida de mi alma, que no sé sentir como Vos, ni dolerme como Vos de mis males, ni pedir como Vos deseáis dar! ¿Qué haré, buen Jesús? Ofrecóme y entrégome á vuestro amor. Tratadme como quisieréis; mudadme como veis que necesito; cautivadme como Vos deseáis; purificadme y limpiadme como queréis; traedme siempre unido á Vos y cautivo, como sabéis que he menester, Dios mío, amor mío, remediator mío y todo mi bien.

¡Oh Madre de Dios sacratísima, que en esta misma hora sentíais con el Señor en vuestro interior los trabajos que le estaban decretados, y sabíais muy bien que en esta noche había de empezar á padecer todo aquello de que yo soy causa; dadme, Señora, parte de estos sentimientos y verdadero aborrecimiento de mis males, que tanto trabajo dieron á este Señor, y tanta aflicción á ese vuestro corazón! ¡Oh corte celestial, fundada y edificada con la sangre y trabajos de este Señor, alcanzad á este pobre pecador el amor y gracia que de su sangre manó, para que en vuestra compañía vaya á gozar perpetuamente de los suaves abrazos de tan verdadero y suave amigo. Amén.

EJERCICIO DE LA ORACIÓN DEL SEÑOR

Padre, si es posible, pase de mí este cáliz, pero no se haga mi voluntad.

¿Por qué no aprendo de Vos, mi divino Maestro, dónde he de ir á buscar el remedio y consolación cuando me veo tentado y afligido? Vos, mi buen Jesús, vais al propio Padre que os manda morir por mí; al mismo amor que os ofreció todo para mi remedio; á la propia mano que os atribula y está sobre Vos tan rigurosa; ahí vais, sabiendo que no ha de dispensar lo que tiene determinado padecéais. Oh errado de mí, que por eso duran tanto mis perturbaciones, porque en ellas no me voy á Vos. Os veo, divino espejo de mi alma, sudar sangre y cubierto de tristeza cuando oráis; os veo en la oración visitado del cielo por un ángel, y cuando parece que estaríais más decaído, os veo salir á recibir á los que os vienen á prender, y os veo estimar tanto la obediencia del Padre, que no sufrís que vuestros discípulos os defendan ni os acompañen; os mostráis, amor de mi alma, tan alentado en lo que temíais, tan fuerte para lo que recelábais, tan obediente para lo que os entristecía, como si fuérais otro. ¿Por qué, alegría de mi alma, busco consola-

ción fuera de Vos? ¿Quién, si no Vos, me la puede dar? Adróte, divina y amorosa mano, que castigando consuelas; atribulando animas; afligiendo alegras; derribando levantas, y matando das vida. Con razón vivo triste, pues huyo de Vos, pues no conozeo el amor paternal con que todo lo hacéis, y cuánto más me amáis cuando me afligís, que lo que yo á mí mismo cuando busco consolación fuera de Vos. Todo soy miserable, buen Jesús, porque huyo de Vos cuando me atribuláis y no busco en Vos el consuelo; os busco pegado á mi propia voluntad y al amor propio que impide la obra que Vos queréis hacer en esta alma. Libradme de mí, Dios mío, pues yo soy el que me mato y el que pongo impedimentos á vuestra gracia, á vuestra luz y á vuestras mercedes. En todo soy quien soy; curadme Vos en todo, Dios mío, como quien sois.

¿Mas qué es esto, bien mío? ¿Qué decís á vuestro Eterno Padre? ¿Que no haga vuestra voluntad, sino la suya? ¿En Vos, buen Jesús, amor de mi alma, que sois impecable por naturaleza, y por los inmensos ríos de gracias y verdades que en Vos hay, puede haber voluntad contraria á la de vuestro Padre? Tan presentes tenéis, Señor y esperanza mía, mis necesidades, tan por menudo pretendéis remediarlas que hasta esto quisisteis tener sin pecado, para que no me desconsele ni derriben los movimientos de mi naturaleza cuando en ellos no consiente la razón, y me dais confianza de que no me juzgaréis por ellos, sino por la voluntad determinada con que os busco y os huyo, os sirvo y os ofendo. Bendito sea vuestro amor que tan liberal está conmigo, que hasta los movimientos que tiene mi miseria contra Vos, hicisteis que sirviesen de espuela para llegarme á Vos, de ocasión de mayor merecimiento y de mostraros en ellos obediencia, amor y fidelidad. Verdaderamente, Dios mío, sois Padre de este pecador, y verdadero amigo de esta alma. ¿Cuándo os llegaré á conocer, os entenderé, os amaré de todo corazón, os buscaré y obedeceré en todo sin contradicción? ¿Cuándo dirá mi corazón siempre y en todo y de lo íntimo del alma: *No se haga mi voluntad, sino la vuestra?* ¿Dónde merecí yo, Dios mío, ser gobernado por esa vuestra voluntad paternal, divina y amorosa? ¿Cuándo me fué mal siguiéndola, ó cuándo me fué bien haciendo la mía? Toda la corte celestial de este vuestro Hijo unigénito, y la Virgen sacratísima con la demás multitud de espíritus angélicos y de bienaventurados, llegaron á ser lo que son y serán para siempre cuidando sólo de obedeceros y de ser gobernados por Vos solamente. ¿Y yo, gusano de la tierra, quiero hacer mandado aparte? Los elementos y cuerpos celestiales se sustentan sin daño ni desorden por vuestro gobierno y obediencia, con todo cuanto en ellos hay; ¿y yo, verdadera nada de la tierra, presumo tener y ser algo apartado de vuestra obediencia? Me hacéis merced, mi buen Jesús, de tomarme á vuestro cuidado, teniendo tantos y tan puros siervos y amigos, ¿y yo huyo y sacudo de mí vuestro amoroso gobierno, y quiero tener voluntad y propio parecer? ¡Oh miserable de mí! ¡Oh miserable, y cien mil veces miserable y ciego de mí! Pienso que me entiendo y

que sé lo que me corresponde, y no veo mis engaños y males, y cuán mal me puedo conocer apartado de Vos, clara luz de mi corazón. Sin Vos, la afición ó pasión me ciega en mis cosas, y no veo el mal que está por venir ni el que me hago; sé hacer de bienes males, pero ningún mal sé convertir en bien. Sé pecar, y no me sé arrepentir sin Vos; sé cargarme de trabajos, meterme en tentaciones, ocasiones y peligros, más de lo que puedo, y no sé salir de ellos; sé destruir y dañar cuantos bienes me dais, y por último, después de perdido, cansado de mí y de aquello en que me meto, acudo á Vos ahogado, sin fuerzas y sin aliento; y, sobre todo, aún presumo de mí y no me rindo á Vos; quiero que hagáis mis cosas como yo las imagino, y no os fio á Vos lo que me corresponde. ¡Oh ceguera y miseria mía! Veo como ciego, y gobiérmome como ignorante; quiero y no quiero, como malicioso; consuélome como bueno, desconsuélome como flaco, y no acabo de rendirme á Vos como siervo. ¡Oh verdadero Padre de misericordia! Perdonad estas mis desventuras, y haced vuestra voluntad, y no la mía. ¡Oh paternos entrañas, que me veis y no me conocéis! Pues sois verdadero Padre de este tan errado y perdido hijo, todo me lo habéis de sufrir y todo me lo habéis de curar; no me tratéis como merezco, sino como os pide ese amor que me tenéis. Vos, Dios mío y amor de mi alma, me gobernáis con sabiduría y amor; me sacáis bienes de los males; tomáis por medios y caminos de los bienes que me queréis dar, los mismos daños, tentaciones y tribulaciones que me permitís; por donde pienso que me destruis, por allí me edificáis; porque todo lo veis como sabio, me deseáis todo bien como amoroso Padre, de todo mal me curáis como médico y amigo, y, con todo eso, aún no me quiero fiar todo y en todo de Vos.

¡Oh buen Jesús, oh Padre verdadero de mi alma! Hágase siempre vuestra voluntad y no la mía, en todo; ¡oh Jesús mío! dadme que este todo sea sin excepción, y esta entrega, de corazón. Encaminadme, Dios mío, cuando yerro; reducidme á Vos cuando me aparto, prendedme cuando huyo, abrazadme y esforzadme cuando os busco. Recibidme, Dios mío, por esta voluntad, y no me juzguéis por mis desventuradas rebeliones. Vos veis cuán largo soy en ofrecer, cuán flaco y mentiroso en cumplir; mas para todo es vuestro amor. De esta vuestra voluntad quiero vivir en prisiones, en cautiverio, en poder de enemigos, desconsolado, afligido, atribulado y perseguido; no por la mía, que soy desventurado, pobre, ciego, errado y perdido. Un momento que mostréis vuestra luz, todo se hace sabroso, y lo que parecía perdido se ve camino seguro de la vida. Pues, Señor, si no me conviene estar siempre en dulce consolación, tomad á nuestro cargo la flaqueza de esta miserable naturaleza; tratadme como quisierais, y tenedme en todo de vuestra mano; guiadme Vos, y haced vuestra voluntad y no la mía.

¡Oh sacratísima Madre de Dios, sierva obedientísima, que también en esta hora os estabais ofreciendo al Eterno Padre para ir á ayudar á vuestro Hijo y suyo á pasar los dolores y trabajos de su

Pasión, sabiendo que era llegada la hora y entendiendo su divina voluntad, y que aún sintiéndolo mucho, os entregábais á todo este trabajo; imprimid, Señora, en mi alma estas verdades; esforzad la voluntad para seguir siempre este camino, y nunca otra cosa, sino lo que vuestro unigénito Hijo ordenare de mí. Quitadme cualquier otra voluntad y deseo, pues sólo éste es el camino seguro de contentar á mi Dios. ¡Oh ángeles y puros espíritus celestiales! Ayudadme y alcanzadme de este Señor, que no se haga en esta miserable tierra mi voluntad, sino la suya, como hacéis vosotros en el cielo.

TRABAJO XXVII

Falsa amistad, por la cual fue vendido.

QUENTRAS el Señor, concluida la última cena, se ocupaba en dar divinas doctrinas á sus discípulos, y después de eso padeció las agonías y trabajos de la oración del Huerto, andaba el falso amigo y traidor Judas acabando de rematar la venta del Señor, que tenía tratada, y dando ardidés para que le prendiesen. Dignóse el Señor de pasar este género de trabajo de falsa amistad, en quien tanto le debía, para que ya que no podía pasar todos los que cada uno de los hombres sufre (porque muchos de ellos no correspondían á la santidad y ejemplo de su persona), padeciese aquellos que más suelen afligir á los humanos corazones.

No sabrá lo grande de este trabajo quien sea tan ignorante, que no sepa tener amigos, ó conservarlos, ó se le da poco por ellos, que es harto más propio de salvajes que de hombres. Pero la divina Escritura pone en tan alto grado al bueno y fiel amigo, que parece no halla palabras para encarecerle; porque le llama poderoso amparo de la vida, tesoro que con nada tiene comparación, medicina de la vida inmortal, y no acaba de encarecer lo que se debe estimar. Por tanto, cuenta como uno de los grandes males de la vida la falsa amistad, principalmente cuando pasa afeutas públicas y á inflamar al amigo, ó descubrirle el secreto, tenerle en poco, ó tratar con él cosas de su perjuicio; y tanto lo encarece, que dice no poder jamás soldarse la amistad que quiebre por alguno de estos medios. Y con razón; porque la verdadera amistad, á quien pertenece hacer todas las cosas comunes al amigo, lo primero que le conviene es el corazón y el amor, por lo que algunos llamaron al amigo *otro yo*: pues otro yo es aquel de quien fio mis secretos, que entra en mis gustos y disgustos, que tiene parte en todo lo que está dentro del corazón, estimado y agasajado, como lo fuera mi alma, si anduviera fuera de mí. Pero que éste llegue á serme traidor, á coligarse con mis enemigos, á valerse de lo que sabe de mí para perjudicarme, á hacer de mis amistades ponzoña con que envenarme; pienso ó afirmo, que por algún tiempo podrá disimularse con prudencia, pero sufrir-lo con perfección será precisamente efecto de una divina gracia, no común, sino dada por Dios con mucha particularidad para aquel

fin, con mucha eficacia de su amor, y una de las cosas en que Dios muestra más la fuerza de su espíritu, cuando la comunica al humano corazón; porque este género de trabajo repugna tanto á la flaqueza humana, que no se debe tener por milagro pequeño de la gracia sustentarle en el corazón humano con perfecta paciencia.

No falta doctor que entienda de este género de trabajo lo que San Pablo dijo de sí, que le dió Dios un estímulo de su carne, que era un ángel y ministro de Satanás, que siempre le abofeteaba. Esto era verse perseguido de falsos hermanos, y de los mismos por cuya salvación se andaba desvelando, y de otros, que trabajaban por abatir su doctrina y desacreditarle, debiéndole la misma vida cristiana que por su medio lograron y que tan mal le agradecían; cuya falsa amistad daba tanto que entender á su carne, y le era tan sensible sobre los demás trabajos, que pedía á Dios con mucha instancia le quitase aquel dolor; pero Dios no se lo quiso quitar, á fin que le sirviese como de ministro de Satanás, que le abofetease y humillase; pero le prometió su gracia con que le sustentaría para que no cayese en pecado.

Este género de trabajo pasó el Señor con tan nuevas invenciones de falsa amistad, que ninguno puede compararse con él. Dejó la falsedad de los fariseos, que muchas veces le afectaban honra y agasajo, ya convirtiéndole á comer á sus casas, ya diciéndole fingidas alabanzas; y todos recibían de El muchas mercedes, sin embargo de que convertían toda la familiaridad del Señor en ponzoña para dañarle. Lo más es que entre los mismos Apóstoles hubo un Judas Iscariote, á quien el Señor había dado virtud, como á los demás, para hacer milagros; le había escogido para una de las doce columnas de su Iglesia; le había confiado el corto caudal de las limosnas que le daban para que cuidase mantener aquel sacratísimo Colegio de los Apóstoles; hábale comunicado sus secretos como á los demás y le sentaba como amigo á su mesa y conversacion familiar. Este, porque pocos días antes de padecer el Señor, vió á la Magdalena ungrirle su cabeza con unguento precioso, de cuya fragancia se llenó toda la casa, comenzó á murmurar que se podía haber vendido aquel unguento por trescientos dineros para los pobres, de cuya venta parece esperaba él embolsar por lo menos el diezmo, que eran treinta; porque según dice San Juan, tenía costumbre de guardar dineros de aquellas cortas limosnas que daban al Señor, y pasaban por sus manos; y por satisfacerse de la pérdida de aquella miseria, hizo liga con los enemigos del Señor, de quienes sabía que ninguna otra cosa deseaban más que prenderle, y que andaban ansiosos por lograr alguna coyuntura para ello.

Judas, haciendo cuenta que el Señor se libraría por milagro de las manos de sus enemigos, como había hecho otras veces, y él se quedaría burlándose de ellos con el dinero en la bolsa, ó que en caso de no librarse, quedaba él con su ganancia; en fin, en cualquiera acontecimiento determinó ejecutar la traición. Y es de creer que propondría á los fariseos ésta su mala determinación, mote-

jando al Señor de regalón, que predicando pobreza y desprecio del mundo, aceptaba banquetes y ungientos olorosos; que bebía y comía en casas de sus amigos, y muchas veces en compañía de hombres malos, y luego salía con grandes extremos de rigurosas doctrinas. A este modo diría varias cosas para mostrarse, con algún pretexto de razón, enfadado de su trato y arrepentido de haberle seguido hasta allí; y con celo de que no pasasen adelante semejantes hipocresías, ajustó con ellos que lo entregaría en parte donde, sin intervención del vulgo con quien se autorizaba, le pudiesen prender seguramente. Estas y otras blasfemias pronunciaría con gran satisfacción de los que no deseaban otra cosa más que oportunidad para cumplir sus dañadas intenciones; los cuales festejarían y harían gran misterio de todo esto, confirmandose más en el descrédito de Cristo que andaban urdiendo, y dando por sentado que aquella era la verdad y que todo lo demás era engaño; y aplaudiendo á Judas de hombre juicioso, bien considerado y amigo de la honra de Dios y bien del pueblo, remataron luego el precio de la traición, ajustando la venta en treinta dineros. Este fué el gran precio, profetizado en Zacarías, por el cual Judas vendió al Hijo de Dios, se apartó de su amistad, perdió al Señor con todos los bienes que de El había recibido y hasta su propia alma.

Rematada la venta, dejó el falso y traidor amigo concertado que estuviesen prevenidos, pero que no se moviesen hasta que él volviese, porque como falso y pervertido, quería aprovecharse de las horas en que el Señor oraba para entregarle en ellas, siendo las que más debiera buscar para acompañarle en tan divino empleo. Tal es el corazón del falso amigo, que de los mayores bienes hace ponzoña, y lo que más le había de alicionsar, más le aparta y le sirve de ocasión para ejecutar su maldad. Volvióse Judas con esta determinación adonde estaba el Señor, y disimulando la maldad que traía en el corazón, se sentó á la mesa con El en la última cena, donde declarando el Señor, que uno de los doce le había de entregar á sus enemigos en aquella noche, y preguntando cada uno si era él, también el traidor, disimulando su malicia, hizo la pregunta por sí. Aceptó que el Señor le lavase los pies como á los demás discípulos, sin dejarse vencer de tan gran beneficio ni de tan divinas doctrinas como oyó en aquella hora de la cena, ni se compadeció del humilde cordero que tan blando se humilló á sus pies. Recibió en aquella disposición el Santísimo Sacramento nuevamente instituido, y quedó ya ordenado de Sacerdote, con todas las demás muestras de amistad que en aquella última cena dió por despedida á sus únicos amigos, sin hacer en ellas diferencia con el malvado Judas; y no aprovechando nada, le mandó el Señor que se saliese, usando de palabras, con que á los demás Apóstoles les pareció que le enviaba á dar algunas limosnas, pues le dijo: *Lo que haces, hazlo cuanto antes*: que hasta en conservar le la honra, le guardó el Señor perfectísima amistad. Cumplió así el traidor, saliendo de aquella santa mesa con el demonio en el alma á buscar la gente para en-

regar al Señor, como luego diremos; y mientras el Señor doctrinaba á sus discípulos y pasaba otros trabajos en el Huerto, sudando gotas de sangre, andaba el malvado discípulo trazando la prisión.

Cuánto sintió el Señor este trabajo y falsa amistad del traidor Judas, lo dijo y encareció David, cuando se vió perseguido por traición de su hijo Absalón, en persona y figura de Cristo, por estas palabras: *Si mi enemigo dijera mal de mí, de verdad lo sufriera; y si él que me aborrecía, me imputara grandes cosas, me guardaría de él; pero tú, hombre, que debías ser de un ánimo conmigo, mi conocido y mi guía, y que juntamente comías conmigo; que andábamos unidos en la casa de Dios, me armas la traición. Vengu sobre ellos la muerte, y bajen vivos al infierno, porque en sus habilitaciones no hay más que maldades.* Basta que pasando el Señor inmensos trabajos y tormentos en su pasión con sumo y admirable silencio, sólo de este trabajo manifestó la pena que le causaba, quejándose á sus discípulos, que uno de ellos le había de entregar, y al mismo Judas le dijo al tiempo de la prisión: *¿Es posible que con beso de amistad me entregas á mis enemigos?* En esta falsa amistad comenzaron todos los trabajos que tuvo el Señor en su pasión; de ella fué su corazón herido y lastimado con razón; en ella nos dejó admirables ejemplos de blandura, paciencia y mansedumbre; y ojalá que fuera solo Judas el falso amigo y solo él traidor; mas por nuestros pecados tiene muchos compañeros en el mundo.

¡Cuántos hoy vendemos al Señor y todos sus beneficios, por bajísimos gustos y opiniones del mundo, torciendo sus favores para ofenderle y afrentarle! Y aunque ahora Cristo no pueda tener la pena y dolor que entonces le causó la traición de Judas; con todo eso tenía entonces muy presente á los falsos amigos que habían de vivir en su Iglesia; se aflige de estas traiciones y moría por ellas. Sus amistades duran y perseveran siempre; nuestras deslealtades parece que á porfía van creciendo; y si no preguntese cada uno, ¿cuándo fué tan puntual en la honra de Dios que por ella abandonase los puntos del mundo? ¿Cuándo por la amistad de este Señor le fastidió otro cuidado ó cosa de la vida? ¿Y cuándo dejó de hacer su voluntad por ser leal amigo de este Señor? Yo creo que ajustadas bien las cuentas, si bien nos conociésemos, se hallaría cada uno de nosotros en este negocio tan Judas, que no tendríamos menos de qué quejarnos de nosotros que de él. Pues si juntáseis á esto las muchas veces que con estos pecados en el alma entramos en su Iglesia y le saludamos de rodillas, y orando le llamamos Padre, amigo y Señor, y estando tan lejos de su amistad le tratamos en el santo altar y en su casa como familiares, dejando fuera los contratos hechos con el demonio, con la carne, con el mundo, con la vanidad de la vida, contra este Señor, contra su ley y contra su amistad, no hay duda que Cristo se puede quejar bien de todos como de falsos amigos, y tiene bien que sufrir en las repetidas traiciones que le hacemos.

Formando sobre esto otra consideración, tuvo el Señor mucha cuenta con sus verdaderos amigos, en querer sufrir el trabajo de la falsa amistad; porque, por el particularísimo cuidado que tiene de ellos, se hizo en él su compañero, por lo general que es este trabajo á los que de veras le sirven; pues la más cierta cosa que tienen los que se vuelven á Dios y dejan la vanidad del mundo, es tener siempre encuentros de falsas amistades; ya por juzgarles pesados, ya por hipócritas, ya por singulares; les tachan cualquiera menudencia, y todo lo echan á la peor parte; tienen por pasión su celo, y por odio el evitar ofensas del Señor; todo lo convierten en mal, haciéndoles guerra con sus propios bienes y virtudes. Las menudencias que hay en esto, y lo que en ello padecen los justos, ellos lo experimentan; y Dios que lo ve y lo sabe, conoce cuánto les cuesta y cuánta necesidad tienen de su favor y auxilios. Es un trabajo para quien no sirve la consolación humana; porque el justo anda en simplicidad, y no busca ardid para defenderse, ni artes para atajar los males que le hacen, deseando solamente, con particular amor, convertir y alumbrar á sus contrarios; pero los falsos amigos todo lo convierten en perjuicio, de todo hacen invenciones de daño, y, llevando ellos siempre la bandera, queda el inocente pensando, callando y ardiendo en tribulación. Allí veía Cristo á estos sus amigos, mostrándoles lo que él pasó, y con particular luz les hace conocer que este es el verdadero camino de vencer y desprenderse de toda humana amistad, y ponerla toda en él, donde los enemigos y amigos son pura y verdaderamente amados, y con quién los falsos amigos se sufren con paciencia, y á quién el alma perseguida y acosada de estos trabajos abraza como único y verdadero amigo, y en él se dilata, consueta y asegura.

EJERCICIO DE LA FALSA AMISTAD QUE EL SEÑOR SUFRIÓ

También, amor de mi corazón, esperanza mía y vida de mi alma, quisisteis pasar por mí cuán caro cuesta un traidor y falso amigo, con un tan grande y feo modo de traición como Judas os hace, que está comiendo con Vos á vuestra mesa, recibiendo vuestras soberanas mercedes, oyendo como amigo vuestras sacratísimas palabras lleno de disimulo y malicia, y está determinado en su corazón entregaros á vuestros enemigos, teniéndos ya vendido por dinero y buscando ocasión para la entrega. ¡Oh divina sabiduría, á quien el corazón de este perverso no estaba oculto! ¿Cómo os sujetáis á disimular con él, y no dejáis de manifestarle vuestra amistad, como á los demás Apóstoles y leales amigos? Le laváis los pies, le hacéis sacerdote, le dais vuestro sacratísimo Cuerpo y preciosa Sangre, y ocultáis su malicia para no deshonrarle. Tan bueno sois, buen Jesús, y tal es vuestra verdadera amistad, que nunca quiebra por Vos; siempre sufrís traiciones, siempre deseáis reconciliaros con las almas, siempre las granjeáis con amor, siempre las ablandáis con beneficios, siempre quebrantáis su dureza con mercedes.

¿Qué os va, Señor, en nuestra amistad, que aun á los traidores agasajáis? Vuestro es esto, buen Jesús, calidad es sólo de vuestro amor no poder volver atrás y quedar Vos constante cuando todos huyen. ¡Oh gloria mía y mi bienaventuranza, que siendo Vos el único mercedor del amor de las almas, me quisisteis mostrar el amor que me tenéis en pasar por tan penoso trabajo de la falsa amistad, para que cuando mi flaqueza la padeciése os hallase por compañero en lo que más la suele molestar! El quererlo Vos así efecto es de vuestro grande amor; pero aunque quisisteis pasar por este género de trabajo, ¿cómo es posible que un corazón humano que os ha tratado y conversado, que os ha oído y recibido de Vos tantas mercedes, caiga en semejante trición y os trate con falsedad? Vuestra conversación cautiva las almas, vuestro amor prende los corazones, vuestro ejemplo endereza los yerros de la vida, vuestras palabras enseñan toda verdad, vuestra blandura remedia las necesidades, vuestro favor alivia todo trabajo; ni tenéis cosa más conocida y manifestada que la liberalidad, verdad y lealtad de vuestro amor: ¿y con todo eso, esperanza mía, hubo corazón humano que tratase con falsedad esa verdadera amistad? ¿Que fuese traidor á esa santísima conversación? ¿Que lastimase ese tan puro y amoroso corazón? ¿Que dejase ese tan fino amor por dinero, por venderos á vuestros enemigos, por dar gusto á quien desea quitaros la vida? ¡Oh verdadero amigo y refugio de esta alma! Ninguno está bien seguro de sí sino el que se halla muy unido y estrechado con Vos, y cuanto mayores son los favores recibidos, tanto mayores y más dañosa son las caídas del que se descuida y desprende de Vos.

¿Cómo no tengo miedo de mí y no ando siempre clamando por vuestra misericordia, cuando me veo formado de una masa y naturaleza de que puede nacer tanto desagradecimiento y deslealtad contra Vos! ¡Oh bondad infinita, tenedme de vuestra poderosa mano! Si el demonio os lleva á un Apóstol de vuestra mesa, y desde vuestra conversación y presencia á tan gran perdición, ¿qué seguridad tendré de mí? Si os niega San Pedro porque confió de sí, ¿qué será de mí si Vos no os encargaréis de mi flaqueza? Humilladme, Señor, y unidme con Vos, buen Jesús, pues sin vuestra gracia particular, yo soy este mismo que fácilmente os pierdo y os dejo, y cuando más juzgo que estoy seguro, entonces os hago mayores traiciones y muestro menos lealtad al amor que me tenéis y á la fina amistad que me mostráis. Espántome de Judas que os vendió, y que, sin vergüenza, con beso de paz y amistad, os entregó y os perdió la afición y amor para venderos, queriendo más el dinero que á Vos, riqueza soberana: y no repro en mí, ¡cuántas veces fingí con hipocresía y tomé vuestras cosas como medio para conseguir mis apetitos! ¡Cuántas veces, estando lleno de mercedes vuestras, las troqué todas por un bajísimo y desventurado gusto terreno! ¡Cuántas veces quise más el favor de los hombres que vuestra conversación! ¡Cuántas os fui traidor, trocándoos por las abominaciones que Vos veis en este triste y desventurado corazón, sin hacer caso de vues-

tras inspiraciones ni de las doctrinas vuestras, que leía, oía y creía, ni de las mercedes que continuamente recibía! Oh infinita misericordia, perdonadme el que sobre todo esto no me halle en vuestra presencia tan confuso y avergonzado como mis pecados y traiciones requieren. ¿No basta, Dios mío, un Judas? ¿Por qué lo quiero yo ser?

Vuélvome á Vos, Dios mío y mi amigo verdadero. Aquí me arrojo á esos sacratísimos pies; conozco y confieso mis traiciones y las falsas amistades con que os he tratado; perdonadme, Señor; tomad de mí la satisfacción que quisieréis, y no me deje vuestro amor perder como Judas, pues me vuelvo á Vos. Acordaos, Señor, cuanto hicisteis por batir el corazón de Judas; cuánto trabajasteis en ello y lo que sentisteis el que fuese en vano; pues, Señor, ese amor, que no es particular, sino general para todos los pecadores, muéstreme ahora en mí, pues aquí me vengo á Vos, aquí me entrego, aquí me rindo; péname de quién soy; tratadme como quisieréis, pero recibidme con misericordia en vuestra amistad. Aunque fui, buen Jesús, de los traidores, hacédme Vos de los verdaderamente convertidos. Vuestro amor triunfa en convertir pecadores, en hacer de traidores leales, y amigos de enemigos; convertidme, buen Jesús, á Vos, y hacédme leal y fiel amigo vuestro hasta la muerte.

¡Oh amor de mi alma, cómo os entregasteis tanto á Judas, que os pudiese vender como á esclavo! ¿Tanto señorío y dominio tenía en Vos, que os pudo tratar de esa manera? ¡Oh bondad, oh amor verdadero! Tal sois Vos, buen Jesús, y así os entregáis, así os mostráis todo verdadero amigo del alma, que después de daros, os dejáis tratar de cada uno como quisiere. Infeliz es quien no se aprovecha de Vos, y os arroja de sí; dichoso el que con Vos se abraza y os tiene por único tesoro. ¡Oh, si supieras Judas, aprovecharte de ese Señor, y no para lograr dinero! No le entregues á los judíos; dáleme, que yo te lo compraré, para ponerle en esta alma; para servirle y adorarle. ¿Cómo no me voy, buen Jesús, tras de Vos con todo amor, toda la voluntad y toda el alma, cuando esto veo? No queréis que haya cosa más mía, que Vos; sois Padre, hermano, amigo, tesoro, manjar y esclavo; de cuántos modos logran los hombres tener las cosas por suyas, queréis Vos por el mismo título ser mío. ¡Oh, cómo estoy rico con Vos, mi buen Jesús! Uno sois y de todo me servís. Aceptoos por todo mi bien; recibos por mi único tesoro; quieroceros por toda mi bienaventuranza; y desde ahora me desprendo de todo lo demás. A quien Vos no bastáis, vida de mi alma, ¿qué puede desear, que le satisfaga? Enfermo y con el gusto perdido, se halla el que con Vos no se contenta. Vos sois mi único bien, singular amigo, rico tesoro, bienaventuranza única. Con Vos estoy rico, sin Vos pobre; con Vos todo lo tengo, sin Vos todo me falta. Venid, buen Jesús, á esta alma; amémonos, poseámonos, conversémosnos para siempre sin separación; reinad Vos en mí, y viva yo siempre en Vos. ¡Oh todo mi bien, toda mi bienaventuranza, amoroso Jesús!

¡Oh amigo fidelísimo de mi alma! Vos sabéis que una de las cosas que más impiden vuestra conversación y amistad, y las familiaridades y secretas mercedes que hacéis á las almas, es la desordenada afición de amigos y ocupar mucho en ello el corazón; y porque sólo lo queréis ser de esta alma, permitidme que cuando del todo se convierte á Vos, halle pocos amigos y estos pocos leales. Cuánto lastiman las deslealtades de los amigos, Vos lo sabéis; y cuánto cautivan y aficionan los que son fieles, también lo entendiéis. Mandaisme que á todos sea amigo leal, pero que sólo á Vos me estreche, solo en Vos tenga toda mi esperanza y á solo Vos mire como fidelísimo amigo. Así lo quiero, Dios mío, así lo deseo. Mas, pues pasasteis por el trabajo que dan los malos y falsos amigos, esforzad esta flaca naturaleza para que sufra lo mismo, y que ni la afición y confianza de ellos me cautive, ni me rinda el dolor de sus deslealtades. Si queréis y ordenáis que de todos sea desamado, perseguido y aborrecido, hágase vuestra voluntad, y enseñadme á quererlo así; poseed Vos mi corazón, mostradme vuestro rostro, cautivadme de vuestra amistad, enseñadme á no quejarme, enseñadme á que no me venga ni dé mal por mal, y que tenga y llame amigos á los que más falsa amistad me mostraren. Haced, Señor, que me parezca á Vos, y que con eso me contente. ¿Cómo quiero yo á todos por amigos, cómo quiero que todos me traten con verdad, cómo me quejo, si no me son leales, si Vos tenéis en vuestra mesa al que os es traidor y le llamáis amigo, cuando hecha ya la venta os entrega? ¡Oh amigo mío fidelísimo! Sólo vuestra amistad es leal, por ella trueco todo lo demás; desprended de mi corazón todo el amor y aborrecimiento que me puede impedir vuestra conversación. ¡Oh luz divina y autor de las verdades soberanas! Abrid los ojos de este ciego; hacédme conocer aquel dichoso estado en que perseguido de toda criatura, aborrecido de todos los hombres, desamparado de todos los amigos, olvidado de todo lo que es humano y desprendido de los propios que me tienen más obligación, pueda mi alma, libre de todo y de todos, alargar los brazos y el amor para unirse con Vos y sentir las divinas influencias de vuestro amor, diciéndoos con mayor confianza: ¡Padre mío, Dios mío y único amor mío! ¡Oh dichosa hora! ¡Oh si ya llegase! ¡Oh si toda la vida se perdiese, y sólo en este amor y abrazos se gastase! Doleos, Señor, conoecedor de estas verdades, doleos de la perdición y ceguedad de esta alma, que tan lejos se halla de esto. ¡Oh mi amor, oh esperanza mía, mi Jesús!

Reina de los ángeles, leal sierva y amiga de este Señor, Madre y amparo de los pecadores, Madre mía, prendaosme de su amistad y desprendedme de todas las demás. ¡Oh cortesanos del cielo, que vivís de un solo amor de este Señor, y en él lo amáis todo ordenadamente, alcanzadme esa hermosa prisión con que estáis libres, y cautivos para siempre de su amor! Amén.

TRABAJO XXVIII

De la prisión.

El primer mal que la falsa amistad del traidor Judas hizo á Cristo después de haberle vendido, fué hacerle prender por la justicia, contra toda justicia y razón. El mismo quiso hacerse capitán en este oficio, como quien tenía perdido el temor de Dios y la vergüenza de los hombres. Ni es mucho que en tan poco tiempo hiciese el pecado tan notable mudanza en el corazón de un varón apostólico, que por su voluntad dejó á Dios; porque la experiencia nos demuestra que la peor gente del mundo son los que dejando la fe católica, sueltan la rienda á los vicios; y renunciando la perfección de la vida evangélica y apostólica que profesaban, volvieron á la profana del mundo que por Dios habían renunciado, los cuales todos siguen la verdadera de Judas; y como despreciaron la casa y servicio del Señor por el mundo y apartaron la boca de la verdadera fuente de las aguas vivas, por beber de los charcos ponzoñosos del mundo, demonio y carne, es más de admirar los pecados que dejan de cometer, que las abominaciones en que caen. Así Judas, capitán de todos éstos, que para ser malo cerró los ojos á la luz divina, los oídos á las divinas palabras del Señor y el corazón se lo entregó al demonio, ¡qué mucho que en pocas horas se transformase de apóstol en traidor, capitán de verdugos y alguaciles para prender al Señor, y les diese precauciones y ardidés para que no se les escapase de las manos! Conviene tener el corazón asido al servicio del Señor con mucho cuidado, cautela y vigilancia, porque después de suelto y mal acostumbrado, no sufre prisión, ni freno, y corre á todo mal con tanta furia, que sólo la divina gracia puede hacer en él sus acostumbradas maravillas. Pero tal vez se aferra tanto á sus vicios que no quiere aceptar ni aun la gracia que Dios le ofrece, como se vió en Judas, que á ninguna inspiración del Señor, ni motivo que le pudiese convertir, quiso abrir las puertas del corazón, sino arrojarlo todo, por hallarse determinado al mal.

Sabía bien Judas que acostumbraba el Señor, cuando le anochecía en Jerusalén, salirse fuera al huerto de Getsemani, lugar solo, quieto y acomodado para la oración, en que gastaba las noches después de dejar recogidos á los discípulos; y es de creer que sabiendo el Señor todo lo que había de pasar, frecuentaría aquel lugar, para que sabiendo donde era su mansión, le pudiesen prender sin alboroto; y que cada vez que en él entraba se le recrearía el corazón con la memoria de lo que allí había de pasar, y por tanto sería más aficionado á este sitio. Viendo Judas ser ya tiempo en que el Señor estaría quieto orando, dió orden para que aligerasen; repartió la gente con los fariseos; previno que llevasen linternas encendidas, pero con la luz cubierta para mayor secreto, y hacías para encenderlas á su tiempo; recordóles que ya otra vez procuraron

prenderle, y el Señor se les escondió, haciéndose invisible, y que lo mismo sucedió cuando le quisieron apedrear. Y como los fariseos le publicaban hechicero, estaban muy recelosos de que trabajasen en balde; por tanto, no fiaron á otros el negocio, resolviendo los principales ir en persona; y con esta falsa opinión de hechicero, animaban á los alguaciles á que se esforzasen, portándose como muy hombres, y le sacasen de las manos de cuantos le quisiesen defender.

Habría en aquella malvada compañía muchos juramentos, muchas apuestas de quién mejor le ataría y aseguraría, haciendo cada uno mucha ostentación de su esfuerzo para dar gusto á los fariseos, y éstos se estarían complaciendo y diciendo muchas palabras para animarlos. No pueden imaginarse sin mucha compasión los saltos, festejos y dichos que allí habría contra Cristo; los abrazos que darían á Judas, el levantarle en el aire, el aplaudirle de hombre de juicio y para mucho; pues todo lo que se puede imaginar es poco para lo que allí habría. En esta constitución, Judas, más sagaz que todos ellos, y que tenía bien experimentado que todo era en vano, si el Señor se les quisiese salir de las manos, los esforzaba con avisos, diciéndoles que no fiaba mucho de aquellas valentías; que él cumpliría su palabra de mostrarles al que habían de prender; y que pues había muchos que no le conocían, y otros que por la obscuridad de la noche podrían desconocerle, que él se llegaría á El y le besaría en el rostro, y que después ellos se aviniesen con El, prendiéndole y llevándole con cautela. En estas trazas y empleo andaba Judas, buscando ardidés contra el mansísimo Cordero Jesús, en las horas que El estaba derramando, no solamente muchas lágrimas, sino sangre, por el amor en que ardía para los mismos que le trazaban este mal, negociando con el Padre Eterno su remedio y la salvación de todo el género humano.

Sabiendo, pues, el Señor que ya estaban cerca sus enemigos, y que era llegada la hora de entregarse en sus manos y empezar su martirio; teniendo ya á su lado despiertos los discípulos para darles ejemplo de la fortaleza y constancia con que habían de tomar por su amor los trabajos que Dios les enviase, y cuán obedientes habían de ser á toda divina ordenación, por rigurosa que fuese; no esperó á que Judas le diese á conocer, ni que le anduviesen buscando, sino El mismo, delante de sus discípulos salió á recibir aquella cruel compañía, y les preguntó: *¿A quién buscáis?* Respondieron: *A Jesús Nazareno.* Y el Señor, aunque tenía determinado entregarse, quiso primero mostrarles á ellos y á sus discípulos su divina virtud, y que toda malicia y artificio humano, eran para El como lazos armados contra el aire; y que supiesen todos los escogidos, nacidos y por nacer, que sólo el amor que les tenía y su libre voluntad le hacía padecer, porque quería y cuando quería, manifestando que toda su pasión correspondía á su infinito amor, y no á las industrias de los hombres. Quiso también quitar toda excusa á los que le venían á prender, de suerte que ellos mismos fuesen testigos de

que no podían nada contra El y tuviesen motivo de conocer el mal que venían á hacer, y se arrepietiesen de él si quisiesen. Por eso en diciendo que buscaban á *Jesús Nazareno*, respondió: *Yo soy;* y fué esta palabra tan poderosa, que Judas y toda aquella perversa compañía cayeron de espaldas en la tierra.

Fuérárase ir entonces el Señor, y mostrar allí sus acostumbradas maravillas; mas como ya tenía manifestado su poder, quiso en tal conjunto de ardidés ordenados contra El, que se levantasen; y volviéndoles á preguntar á quién buscaban, y volviendo á responder que á Jesús Nazareno, les mandó el Señor que no tocasen en sus discípulos, y en efecto ningún mal les hicieron; porque aunque el Pastor padecía, no desamparó con su virtud la guarda de sus amadas ovejas, y así no es pequeña maravilla que ninguno se acordó de prenderlos, siendo cosa tan ordinaria en semejantes turbulencias; pero mal podrían perjudicar á los que el Señor guardaba. Tampoco quiso que precipitadamente se arrojasen sobre El, sino que con toda blandura habló á los príncipes de los fariseos y sacerdotes del Templo, que estaban allí empleados en tan vil ocupación, arguyéndoles de cómo venían á prenderle de noche con armas como á ladrón, siendo así que cada día le veían públicamente en el Templo predicando. A esto no respondieron, porque no había qué responder.

Detúvolos aún más el Señor, sin que ellos tuviesen corazón para nada, mientras él no lo permitía, que fué hacer allí un milagro con Malco, criado del sumo sacerdote, el cual queriéndose desmandar llegándose el primero al Señor, experimentó el brazo de San Pedro, que por cumplir lo prometido de que moriría en defensa del Maestro y de su fe, dijo al Señor si echaría mano á la espada, y sin esperar respuesta la descargó y cortó á Malco la oreja derecha. Entonces el Señor se llegó á él, y tocando la oreja con la mano le sanó (de que fué muy mal agradecido) y á San Pedro le intimó que se estuviese quieto y le amonestó con divinas palabras, como si estuviera en sana paz predicando, pues le dijo: *¿No quieres, Pedro, que beba el cáliz que mi Padre me dió? ¿Cómo se cumplirán las profecías que tienen escrito lo que he de pasar? ¿Y qué será del mundo si yo no las cumpliere? Vuelve á envainar la espada, que quien á hierro mata, merece que muera á hierro por justicia. Si yo me quisiese defender sin usar de mi virtud, y pedir favor al Padre, ¿no me enviaría aquí más de doce legiones de ángeles que haciendo temblar al mundo vendrían á defenderme?* Recogióse San Pedro; huyeron los discípulos, y dejaron solo al Señor. Y aunque esto fué flaqueza de ellos, también fué disposición de Cristo, que quería padecer solo; y entonces dijo á los fariseos dándoles licencia para hacer cuanto quisiesen: *Esta es vuestra hora y el poder de las tinieblas*, haced lo que quisieréis.

Llegóse Judas á El, y besóle en el rostro diciendo: *Dios te salve, Maestro.* El Señor le dijo: *¿Qué es esto, Judas? ¿Con beso de amistad me haces traición? Y nada aprovechó al infeliz para convertirse. Era costumbre en Palestina saludarse los amigos besándose en*

el rostro, y el Señor se dignó admitirlo en el suyo, sin negar nada al traidor, para que aun en aquella hora viese su blandura acostumbrada, por si le podía enternecer el corazón. Estas dos cosas tan opuestas asombran la dureza del corazón humano determinado al mal, y la blandura del corazón de Jesús aun para con aquellos de quienes sabe que nada ha de aprovechar, y obligan á que cada uno tenga miel de sí, por ser de la misma masa inclinada al mal y pecadora. Judas se fué con el dinero en la bolsa y el demonio en el alma, que de allí á poco había de ir á tener su compañía en el infierno, y los alguaciles acometieron al divino Cordero, que á nada resistía; y lo que allí hicieron, no hay corazón humano que tenga valor para pensarlo.

Al punto le derribaron en el suelo, descargando sobre El muchas coces, y teniéndole debajo de los pies, le ataron las manos por detrás y echaron una soga á la garganta; y como se temían de El, juzgándole ingenioso hechicero, no se puede creer las palabras que le dirían y la porfía que tendrían en echar nudos, y apretar las manos de tal suerte que faltase poco para saltar la sangre; y esto con tanta burla de sus milagros, tantos nombres injuriosos de engañador, hechicero, truhán, alborotador del pueblo y otros que la malicia les suministraba, tan feos, cuanto no se pudiera imaginar. Levantáronle con grandes golpes y puñadas, tirándole á arrancar las barbas y cabellos; y con gran festejo de la presa á quien tanto aborrecían, y tanto reclaban que se les escapase de las manos, le llevaron bien atado á casa del sumo sacerdote, con tanta grita, estruendo y tan mal tratamiento del Señor, como gente que empleaba en la primera furia de afrontas y deshonras la ponzoña y odio recocidos por tanto tiempo en los corazones dañados, que ya se veían sueltos, sin impedimento ni resistencia para cuanto querían.

El manso Cordero iba en este tropel de trabajos callando, sin contradecir á nada, con los pies por el suelo, pero el corazón en el cielo, clamando interiormente al Padre Eterno con lágrimas, y haciendo á sus ojos en aquella noche y día fuentes, que no cesaron de pedir misericordia por los pecadores, ofreciendo cada puñada, cada empujón, cada coz, cada injuria, cada palabra de las que le decían, y cada dolor que padecía, por las necesidades de los hijos de Adán, particularísima y fervorosísimamente. Nada perturbaba ya su espíritu, nada le entristecía, nada le desconsolaba; y lo que antes de entrar en la batalla temía que había de pasar, metido en ella, cada cosa que padecía, le daba nuevo ánimo y deseo de lo que había de padecer.

Tienen aquí, en todos los demás pasos de la pasión del Señor, los devotos larguísima materia para ocuparse, no sólo en los exteriores dolorosos trabajos del Señor, sino mucho más para poner los ojos en su divino corazón, que ardía en fuego de amor, y se bañaba en inmensos mares de virtudes, bondades y misericordias. Los que ven estas prisiones del Señor en la corteza ó exterior solamente, algún fruto sacan, porque todo lo que pasó utiliza á las almas; mas

quien entra en el amor y corazón de este Cordero, se halla en él tan cautivo, tan mudado, tan otro, que siente bien la suavidad que mana de aquellas manos atadas; y quien aun no alcanzare, ni experimentare tantos bienes en esta prisión, no deje de cotejarse con la inocencia del Señor, y entienda que lo que El padeció, es lo que nosotros merecíamos; y cuando para perdonarnos quisiera que lo pasásemos, fuera grande misericordia; mas cargándolo El sobre sí, nos deja á nosotros desahogados, y es tan mal pagado, que en lugar de refrenarnos soltamos la rienda al corazón y sentidos, de tal manera y con tanta ofensa suya, que fuera mejor perderlos ó tenerlos siempre cautivos. Y pues nuestras solturas le prenden, tengamos dolor de nosotros, para que le sepamos tener de El.

EJERCICIO DE LA PRISIÓN

¿Quién os prende, mi verdadera y segura libertad? ¿Quién os puede atar, mi buen Jesús? ¿Qué corazones hay tan inhumanos que así traten esa divina persona, y tan cruel y profanamente os lleven preso? Vuestra blandura, Dios de mi corazón, convierte y muda las almas; vuestra modestia y mansedumbre, recoge los corazones; vuestra presencia cautiva los ojos y los espíritus; vuestros beneficios y mercedes, tan grandes y tan generales, tienen llena la tierra. ¿Pues cómo hubo ánimos humanos que se atreviesen á echar mano en Vos, Hijo de Dios vivo, como si fuérais peor que un ladrón hechicero, con tantas palabras injuriosas, tantos pescozones y bofetadas, tanto mesar las barbas, tanto apretar las sogas que parece que la sangre revienta por las uñas, con tantas puñadas y empellones, y llevándoos con fiesta, furia y triunfo preso y atado? Y no sólo, vida de mi alma, no huís ni os ausentáis, sino que salís á recibir á los enemigos y les entregáis ese sacratísimo cuerpo; mandáis á vuestros discípulos que no os deliendan; curáis con vuestras propias manos que os atan, la oreja de Malco que os está prendiendo; no queréis ayuda de los ángeles; dejáis ir á vuestros discípulos y no os acordáis más que de beber el cáliz que os da vuestro Eterno Padre; obedecerle en todo hasta la muerte y remediar nuestros males. ¡Oh, bendito y glorificado seáis, esperanza mía! pues acabando de pedir al Padre que apartase de Vos el cáliz, si es posible, y siéndolo tanto que, como dijisteis á San Pedro, si pidiérais auxilio al Padre os daría más de doce legiones de ángeles que os defendiesen, con todo eso, estimáis tanto la obediencia del Padre, que ninguna cosa queréis sino eso mismo que teméis, y sólo para eso estáis dispuesto y pronto. Y porque sólo tratáis de padecer, encubris vuestra virtud para que los enemigos puedan hacer de Vos, con más soltura, todo cuanto quisieren.

¡Oh buen Jesús, oh luz de mi corazón! Mostrad á esta alma esas vuestras prisiones interiores, que tan cautivo os tienen en la obediencia del Padre y en el amor de las almas. Si eso no fuera así, ¿quién tuviera potestad para tocaros y prenderos? Esas prisiones son las que os tienen rendido, las que os hacen entregar á todo el

trabajo que padecéis, las que os hacen suaves los cordeles y dulces las injurias; ellas os traen por debajo de los pies de esos infernales ministros. ¿Por qué no me prendéis así, vida de mi corazón, en lo interior, ya que disimuláis conmigo exteriormente y no queréis que pague mis culpas con cadenas? Ya que sólo queréis padecer lo que yo merezco, ¿para qué me dejáis á mí libre, esperanza mía? Yo, libre, no sé hacer sino los pecados que vos pagáis. Adóroos, manos divinas, que así atadas prendéis á mis enemigos; adóroos, cuerdas; adóroos, nudos; adóroos injurias, que tantos bienes del cielo y tantas misericordias divinas me merecéis. ¡Oh miserable de mí! Cuánto mejor estuviera preso de Vos, que no libre como ando. Por esas prisiones os pido, Señor, que me libréis de las mías, que tanto me apartan de Vos. Yo pienso que estoy libre cuando nadie me contradice, cuando todos me aman y me aplauden, cuando hablo lo que quiero, veo lo que quiero, oigo lo que quiero, me huelgo y juego cuando quiero; cuando traigo este miserable cuerpo regocijado y contento, lisonjeando su voluntad. Y si en medio de las libertades de esta carne, ó en el fin de cada gusto de ellas y de sus sentidos me inspiráis y llamáis, y si me quiero ir á Vos, si os quiero tratar, mi soberano amor, que en todas partes estáis, hállome tan lejos de Vos, tan preso y cautivo de mis pasiones, siento tanta contradicción, tantas sogas de cosas bajas que tiran de mí con nudos tan ciegos y tan duros de desatar, que entonces veo ser mi libertad verdadera prisión y cautiverio; entonces veo cuán duros son los verdos de los afectos y pasiones, que me cautivan y me apartan de Vos.

¡Oh sagradas prisiones! ¡Oh divinas manos atadas! Tened piedad de esta libertad tan cautiva y presa para Vos. ¿Qué bien puede ser el que me hace perderos, mi Soberano bien? ¡Oh desventuradas horas en que fui libre para el mal, pues de ellas salí tan cautivo y preso de mí y no de Vos! ¿Cuándo se trocará esto, mi buen Jesús, y me veré libre de mí y preso de Vos? ¿Cuándo romperéis estas sogas y cadenas que me apartan de Vos y me hacen cautivo de mis males? ¡Oh, quién nunca diera el corazón á cosa fuera de Vos, amor de mi alma! ¡Oh, cuánto tengo que llorar ante Vos, infinita misericordia! No me contenté, esperanza mía, de apartarme de Vos, de aferrarme y prenderme á mis aficiones, sino que sin reparo, con grave ingratitud, até y prendí esas manos sacratísimas, cuyo desagrado sentís Vos más que esas prisiones. Vos, mi buen Jesús, con esas manos atadas prendéis al demonio, me libertáis de mis vicios, rendís á vuestros pies á mis enemigos, y para hacerme merecedis siempre las tenéis libres y abiertas. Siempre me las extendéis llenas de dones y mercedes larguísimas, con que me brindáis continuamente; pero yo las desecho y vuelvo los ojos á mí y al mundo, y trueco todas vuestras riquezas por mis bajezas miserables. Volvéis á recoger vuestras inanos por mi desagrado y quedáis preso por mí, sin darme lo que deseáis; Vos, dolorido con amor, y yo pobrísimo de él y de todo bien.

¡Oh divinas manos llenas de toda misericordia! Aunque yo no merezco ningún bien, mayor es vuestra largueza, que mi ingratitud y culpa; no os recojáis del todo para mí. No perdisteis por esas prisiones vuestro poder; haced fuerza á esta desventurada alma cautiva, por cuya libertad estáis atadas. Como los ojos de los esclavos están siempre en las manos de sus señores, y como la sierva los tiene en las de su señora esperando de ellas el socorro para sus necesidades, así mis ojos, buen Jesús, están suspensos en esas manos por mí presas, esperando de ellas misericordia. A Vos, divinas manos, por mí atadas, ruego cautivéis estos ojos para que no vean las vanidades; prended esta lengua y sentidos, que andan sueltos para el mal; atad este vago corazón para que no piense en tanto desatino, ni se ocupe en tantos desvarios, como son los que le llenan y apartan de Vos. Para todo tenéis bondad, manos divinas; para todo más misericordia; para todo más poder. Si hui de Vos hasta aquí, ahora me vuelvo á Vos; si rompí vuestras suaves prisiones, véisme aquí postrado y rendido en cuanto puedo de todo corazón; prendedme como quisieréis. Las esposas serán suaves, los grillos del cielo, las cadenas blandas, si interiormente me prendieréis, divinas y amorosas manos.

Baste lo que hasta aquí pequé; hasta ahora hice lo que quise; haced Vos, divinas manos, lo que quisieréis. ¡Oh, quién nunca saliese de esas manos! Ellas por Jesús me hicieron, ¿cómo me podrán desamparar? Acordaos, Dios mío, que esas sacratísimas manos me formaron de barro, dándome vida y capacidad para vuestro conocimiento y amor; por ellas soy lo que soy, y de ellas me ha de venir todo bien. Si yo destruí vuestra obra, Vos podéis reformarla, pues para eso estáis atadas, manos misericordiosas. Ya que ninguna cosa de cuantas hicisteis aborrecéis, el amor que os dejó prender, ese me suelte á mí de mis males. Conservad, Señor, limpiad, reformad vuestra obra, para que no se pierda, por lo que yo en ella dañé y destruí. La hermosura de esas prisiones es la reformación y libertad de las almas cautivas de los pecados, para tenerlas interiormente presas en Vos. Pues, Señor, tan criatura vuestra soy, siendo malo, como si nunca pecara; reconoced vuestra miserable criatura y libradme de mí, cautivándome en vuestra ley y obediencia.

¡Oh amor divino, cómo prendéis, cuando os encendéis en el alma! ¡Cómo cautiváis cuando la descubris alguna parte de la hermosura de vuestro rostro! Sin veros claramente el alma peregrina, sólo por lo que de Vos siente y puede experimentar con vuestra gracia, queda libre de sí y de las prisiones de la tierra, cautiva de Vos y presa de vuestro amor. Estas vuestras suaves y amorosas prisiones, de tal suerte atan y poseen, que hasta los sentidos corporales transforman su gusto en Vos, porque todo lo rendís en vuestra mano y lo traéis sujeto á la obediencia de vuestro amor. Si quiere dormir, Vos la despertáis; si quiere descansar, la estimuláis; si quiere comer, la quitáis el sabor; si quiere conversar, la retiráis; toda

la prendéis, toda la queréis, todo se lo quitáis, todo se lo prohibís, siempre amigo y siempre celoso; porque todo os dais y toda la queréis; todo os entregáis y toda la prendéis. Vive presa y contenta, viva cautiva y libre, porque en Vos y de Vos vive. ¡Oh mi cárcel y mi carcelero, mis prisiones y mi guardia! ¿Qué hacéis que me dejáis fuera? En Vos y con Vos, amor divino, prendéis á los que os aman; Vos los atáis, Vos los robáis, Vos los conserváis y Vos los guardáis. En carne humana traen espíritus puros y transformados en Vos con vuestro amor y presencia. ¿Quién está en Vos y preso con Vos, qué otra libertad quiere? ¡Oh, qué ancho está, qué dilatado, qué libre de todo, qué contento, cuán satisfecho! Vos sabéis, amor divino, que se pueden desear estas prisiones y puede suspirar por ellas el corazón abrasado en vuestro amor, pero no sabe hablar lo que puede experimentar. No séis para mí escaso y cruel; porque si me dais cuanto tenéis, sin Vos nada me dais; si me apartáis, cruelmente me castigáis y me entregáis á mis enemigos. Prendedme, atadme, amadme y abrasadme, mi Jesús.

¡Oh, qué divinas obras hacéis, amor divino, en las almas que tenéis presas! El que las siente, las diga si sabe; y experimentélas, quien las goza cuanto puede. Pero mi alma de Vos tocada, desea aquel divino estado en que más mostráis la fortaleza en humanidad flaca, cuando teniendo presas de Vos las fuerzas del alma y transformadas en Vos, os escondéis y encubris la suavidad de vuestra presencia; y con todo eso la tenéis tan atada á Vos, que ni sabe contradecir ésto ni desear otra cosa; porque sólo la es consolación el padecer y estar presa en Vos. Oh vida, oh amor de mi alma, ¿qué divina operación es está? Desconsoladas de Vos huyen de los amigos, no se atreven á distraer los sentidos, no os saben pedir que las consoléis, ni querer otra cosa más que beber vuestro cáliz como Vos lo bebisteis. ¡Oh, cómo reináis en estos corazones! Así temen los consuelos humanos, como otros huyen de los trabajos terrenos; así recelan que los desamparéis, cuando se ven sin cruz, como los flacos se tienen por desamparados cuando no los visitáis con gusto; de Vos cautivos, hasta de Vos están libres, porque no os quieren sino como Vos queréis, y siendo Vos sólo su descanso y su bien, quieren vuestra voluntad sobre la suya y desean que seáis en ellos libre y absoluto Señor. Entréganse á Vos sin condición ni límite, libres solamente para amaros, libres para padecer siempre, libres para poseeros y gustaros, libres para dejaros sin perderos, humanos en la naturaleza y sobrehumanos en las obras de vuestro amor y vuestra gracia. ¡Oh libre cautiverio, oh ricas prisiones, quién se viese así preso de Vos, amor divino! Mas, amor mío, ya que mi miseria está tan lejos de ésto, á lo menos hacéme cautivo de vuestra esperanza; sólo en ella viva, sólo en ella descanse. Sois, buen Jesús, puerto seguro, donde las esperanzas dan fondo; sois verdadero en lo que prometéis, piadoso para hacer misericordias, largo para mercedes, cierto en cumplir, amoroso en abrasar; prendedme todo con las esperanzas de este alma; á solo Vos mire, en pos de Vos

ande, á Vos suspire, á Vos me entregue todo y solo en Vos descanse. ¡Oh amor mío, oh vida mía, oh esperanza de mi alma!

Oh Virgen sacratísima, que siempre vivisteis presa en todo y en todas maneras de este amor y libre en él; ayúdame á que de él sea preso, para que de él y en él viva siempre. Oh corte celestial, rendida ya del todo á esta divina cárcel y prisión, libre sin mudanza, desatad mis prisiones miserables, libertad este espíritu y prendedle de la hermosura divina que allá veis para siempre. Amén.

TRABAJO XXIX

Ser llevado por tribunales de malos jueces.

Después de preso el Señor, fué continuando los trabajos de su sacratísima Pasión por géneros de cosas que debían acrecentarle la pena y hacérsela mucho más pesada y trabajosa. Uno de ellos, y no el menor, fué el andar por casas y tribunales de malos jueces, y entre los consejos de sus mortales enemigos. Pero aunque fueran apasionados, era tan impropio al Señor y Juez soberano el ser juzgado de tan bajas criaturas, que solamente el abairarse al juicio humano era un gravísimo trabajo y admirable extremo de su amor. ¿Pues cuánto más sería andar preso como iba, de juez en juez, de audiencia en audiencia, de tales y tan perversos jueces, que no habían de tratar su causa con justicia, sino con aquel enconado y entrañable aborrecimiento que le tenían? No sé que haya cosa de que los humanos corazones puedan pasmarse con más razón, que de ver aquella divina persona humanada, hasta en lo exterior gravísima y santísima, que tantas demostraciones había hecho de su divino poder y grandeza, de quien mar y tierra temblaban, á cuyo precepto la muerte y los sepulcros restituían sus cuerpos á la vida, por quien los demonios huían de los que poseían, el mar calmaba sus encrespadas olas, la lepra y enfermedades se desvanecían, á quien toda criatura terrena, celestial é infernal, sin ninguna contradicción obedecían; quien por lo que mostraba era digno de todo acatamiento y reverencia, cuya santísima presencia ofrecía admirable modestia, peso, gravedad y madurez, ver, á esta adorable persona atada con las manos atrás, con soga á la garganta, entre verdugos, delante de un juez pervertido, que le toma confesión como en los tribunales se usa con los reos, ser de un juez llevado para otros, y todos á cual peor y más perversos, en cuyas audiencias andaba el Señor tan sufrido, tan callado y modesto, que ninguna cosa era bastante para alterar, entristecer ni mudar el sosiego y madurez de su sacratísimo rostro.

Tanto se sujetó y abatió á los pareceres y sentencias, ó por mejor decir, á las perversas voluntades de sus acusadores y jueces, que ya Isaías tenía profetizado que por su profundísima humildad y abatimiento de su persona sería tenido en tan poca cuenta, que no se le guardaría justicia ni se miraría á ella, antes del todo sería